

en asaltar las diligencias; y aun se dijo que los cocheros y bandidos formaban compañía. (1)

Vinieron los arreglos de la Unión Postal y bajó la cuota á diez centavos; y de un año acá hasta cinco centavos.

Llegó el vapor, y en el mismo día se reciben aquí los periódicos de la capital de la fecha.

Parece que se ha llegado á la meta de la seguridad, exactitud y prontitud en esta materia; pero desgraciadamente para el país todavía hay más allá.

El Express ha dejado muy atrás al correo; esto se palpa á diario. Vergüenza dá decirlo, pero esa es la verdad; cierto que cobra más, pero es exacto, cumplido y pronto, que es lo que faltá á aquel, aun cuando un mismo tren los conduce.

Ojalá que el nuevo orden de cosas en la administración general, que se está llevando á cabo, haga, si no que supere, al menos que iguale al del Express.

Si volvieran nuestros abuelos á la vida, admirarían el adelanto habido en esta materia en tan pocos años.

(1) De viva voz se me ha informado que esto fué un hecho; y que unos y otros tenían sus contraseñas para saber cuando los pasajeros estaban dispuestos á defenderse ó no, y si convenía ó no el asalto.

XXXIV.

Nuestra Madre Clementísima.

MATER CLEMENTISIMA.—*Ora pro nobis.*

Elogio de la Letania Lauretana.

EN el templo de la Merced existe una imagen muy venerada y milagrosa bajo la advocación de "Nuestra Madre Clementísima," de cuyo origen tal vez muchas personas no tengan conocimiento y el cual me propongo relatar en la presente leyenda.

Al trasladarse el R. P. Fr. José de la Soledad, del templo de Teresitas para el Carmen, quedó encargado de la Iglesia el Sr. Pbro. D. Francisco Figueroa, (hoy canónigo de la Catedral) quién procuró levantar el culto en aquella Iglesia, promoviendo fiestas religiosas y estableciendo cofradías; pues fuera de la Archicofradía de Nuestra Señora del Sagrado Corazón de Jesús que en 1875 estableció, más tarde le dió el ser á la tan popular devoción á Nuestra Señora de Belén ó de la Soledad, no se sabe. (1)

Cada año se bajaba aquella imagen para ponerla en el Nacimiento y algunas veces para el altar del pésame en la Semana Mayor, terminado la cual volvía á su habitual abandono del coro alto.

(1) Posteriormente he sabido que las religiosas regularmente la ocupaban en su curioso nacimiento que anualmente ponían en una capilla *ad hoc* que tenían, la cual es hoy pieza del Sr. Vicerecotor.

En 1878 se bajó dicha imagen para que sirviese en análogas ceremonias, y el sacristán D. Jesús antes de vestirla la sacó al patio y le bañó perfectamente el rostro, que lo tenía lleno de suciedades de pájaros, así como polvo y telarañas.

Después de terminada aquella tarea (que á mi me consta porque le ayudé en ella) la dejó en el sol un breve rato, al cabo del cual, tal vez por la preparación de la encarnación, se le puso el rostro muy encendido, lo cual llamó mucho la atención del citado sacristán y así me lo hizo advertir.

Se introdujo la imagen á la sacristía y vistióla con los mejores ropajes para dar así una sorpresa al padre capellán, quien no menos sorprendido por aquel cambio, se propuso no sólo sacar aquella hermosa imagen del abandono en que yacía de tantos años, sino darle pública veneración bajo un nuevo título.

Al efecto mandó hacer tres niños, poniéndole el más pequeño en los brazos y los de más edad parados al pie, reclinados en su regazo.

Terminada esta tarea, mandó ponerla dijes, diadema y ráfaga; y sacando algunas fotografías ocurrió al Illmo. Sr. Dr. D. Ramón Camacho, segundo Obispo de esta diócesis, adjuntándole unas, impetrando el debido permiso para darle culto bajo el título de "Nuestra Madre Clementísima."

El Dignísimo prelado (de feliz memoria) no se hizo esperar, y no sólo sino que se dignó concederle algunas indulgencias á los rezos propios, los cuales unos fueron hechos por el mismo sacerdote y otros por otros devotos.

Por fin llegó el dichoso día en que debía ser co-

locada en su altar á la veneración pública, lo cual se hizo con mucha solemnidad, dedicándole el antiguo altar de Señor San José.

La Santísima Señora, á ruegos del virtuoso sacerdote, no desdijo en manera alguna el título que se le diera; pues fué tanta la clemencia para los que ocurrían á ella, que en pocos días se vió cubierto su vestido y altar de exvotos de todo género, y cada día se aumentó su culto con innumerables prodigios recibidos de su liberal mano.

Con los fondos de la piedad de sus devotos no sólo había para sostener su culto con decencia, sino que se renovó su altar de estucado y oro con ornatos apropiados á tan maravillosa madre. (1)

Por disposición del Illmo. Sr. Dr. D. Rafael S. Camacho, actual dignísimo Obispo, (Q. D. G.) se trasladó dicha imagen en 1885 para el templo de la Merced, en donde á diario ocurren todos los afligidos en busca de consuelo, encontrando siempre clemencia ante sus sagradas plantas.

El P. Fr. Carlos Plaza, encargado de esta iglesia cuando se trasladó la imagen, procuró no decir en lo absoluto el esplendor del culto que su fundador le diera, no menos que los capellanes que le han seguido, quienes anualmente le hacen su función muy solemne, creciendo de día en día, la veneración de los fieles por el sinnúmero de milagros que constantemente hace á cuantos imploran su clemencia. (2)

(1) El Notario D. Mariano Llanas Puente ha sido uno de sus más fervientes devotos y á cargo de quien corre la función anual que se le hace.

(2) Para su mayor honra y gloria, el autor hace pública su ve-

Es de admirar que desde que el sacristán D. Jesús limpió su ensuciado rostro, no han vuelto á palidecer sus rosadas mejillas. (1)

Al dulce nombre de esta milagrosa efigie, irá unido siempre el nombre del humilde y virtuoso sacerdote que diera el ser á tan santa y benéfica devoción.

XXXV.

La Mano de Dios.

Yo desaffio á cualquiera que me niegue
Como en las amarguras de este suelo,
El sacerdote odiado por las leyes
Es el primero en derramar consuelo.

NO se recuerda por los queretanos época más terrible que el año de 50; época en que la justicia de Dios se manifestó de una manera patente, enviando á sus ángeles para que ejecutasen sus disposiciones sobre este pueblo, propagando de una manera inusitada la terrible enfermedad llamada "El Cólera Morbo."

Esta enfermedad no respetó ni al potentado con sus grandes caudales, ni al sábio con su ciencia,

neración y gratitud á tan Excelsa Madre, por haber varias veces implorado su protección, siendo remediadas sus necesidades.

(1) Cualquiera que ponga duda en ello, puede ocurrir tanto al Sr. Canónigo, como al sacristán D. Jesús Pérez tan conocido en toda esta ciudad, por haber servido casi en todas las iglesias y se convencerá de la verdad; pues para mayor honra y gloria de esta Santísima Señora, todavía (1898) viven ambos.

ni á la joven con su belleza; nadie escapó, nadie absolutamente.

Por todas partes se escuchaban lamentos, oraciones y penitencias.

Los sacerdotes eran insuficientes para llenar su cometido; pues cuando no estaban confesando á los buenos y sanos, ayudaban á los moribundos, siendo esta su ocupación favorita.

Las calles solo se veían ocupadas por el sinnúmero de enterradores que sin ceremonia, orden ni distinción de clases, más que corrían, volaban, conduciendo silenciosos en hombros al principio, y á carretonadas después, la multitud de cadáveres para depositarlos violentamente en una fosa común, hacinados en completo desorden.

Los paseos públicos se abandonaron; los saraos, tertulias y diversiones fueron proscritos: sólo los templos tenían casa llena; y quién lo creyera, hasta nuestros liberaletes (que eran contados) y á quienes se les daba el título de "Puros" no se apartaban de la casa de Dios.

La cosa no era para menos; esto de estar bueno y sano y dentro de una hora en la eternidad, era de temerse.

Comenzaba con vómitos y fuerte sudor frío; y si no se atendía, seguían luego fuertes deposiciones concluyendo con calambres en el estómago que en pocos momentos terminaban con el individuo.

Generalmente se aprobó como eficaz antídoto, el mezcal con limón y sal y traer en la boca cañones de pluma de ave llenas de alcanfor.

No siendo suficiente el número de personas ocupadas en enterrar los apestados, quedaban las más

noches grandes remesas de cadáveres en los camposantos, al descubierto, y esto ocasionó que se fijasen los médicos en que muchos tal vez enterraban vivos; pues de los que quedaban insepultos amanecían algunos sentados pidiendo alimento, en virtud de lo cual se ordenó que nadie se llevase á sepultar, sin haberle aplicado ántes planchas calientes en las plantas de los pies.

Viendo que cada día aumentaba más el número de víctimas, se trajo en solemne procesión la Imagen de Nuestra Señora del Pueblito desde su santuario; se le hizo un novenario y se le sacó por todas las calles procesionalmente, siendo Ella el más eficaz remedio, pues desde entónces se notó disminuía á diario el número de víctimas, hasta que desapareció por completo, dejándo apenas una que otra familia completa, pues había casas donde no quedaba uno.

El año 33 también hizo estragos el cólera, y aun afirman los que lo presenciaron, que fué peor que en esta época; y al cual se le ha llamado siempre el cólera grande.

En 54 volvió á invadir esta población, pero ya fué de una manera benigna, si cabe la expresión.

Una de las medidas precautorias que se tomó por la junta de salubridad fué ordenar bajo penas severas, que se cortase toda la fruta, aún la verde y, se inutilizase arrojándola en las acequias ó enterrándola. En el mercado se prohibió terminantemente la introducción de este ramo, así como el chile verde; pues los médicos decían ser esto un aliciente poderoso para su propagación.

Muchas personas lograron salvarse debido á la

actividad de los médicos, hermanas de la caridad y demás corporaciones de socorros mútuos, que multiplicándose con heroica constancia y abnegación, atendían á los enfermos y repartían con mano pródiga sus medicinas y cuidados por todas partes.

Los sacerdotes y toda esta clase de personas caritativas no llegaron á dormir una sóla noche con tranquilidad; pues cuando no estaban á la cabeza de los enfermos, se les encontraba á las más altas horas de la noche sentados en una silla dormitando nada más, con objeto de estar listos á la menor indicación para prestar sus servicios. (1)

Los queretanos de la época recuerdan con horror aquellas fechas y bendicen á María porque benigna y compasiva detiene constantemente el brazo de su Santísimo Hijo, para que no lo descargue sobre su querida Querétaro.

XXXVI.

El Dr. D. Pedro Escobedo.

Duerme en paz . . . padre del pobre
Y del desdichado abrigo:
Tú que fuiste noble amigo
De la ingenua juventud.

G. PRIETO.

El mercado principal y más elegante que tenemos es un monumento que esta ciudad ha consagrado á la memoria del insigne queretano D. Pedro Escobedo.

(1) ¿Y todavía se niega la utilidad del clero?

El Sr. D. Alberto Llaca siendo prefecto de esta ciudad, le dió ser, no sin tropezar con dificultades, y cuya empresa dió principio en 1878.

Las llamadas leyes de Reforma y el memorable sitio, convirtieron en ruinas lo más caro para los creyentes: el convento é iglesias adyacentes de S. Francisco; ya en esa época era aquello un promontorio de ruinas resguardadas por una barda corrida, no menos destruida que ocupaba las calles del Serafín y Cinco Señores.

El citado prefecto tiró dicha barda, convirtiendo la huerta del convento en mercado, invirtiendo en dicha obra parte de sus sueldos y fondos del municipio.

Al destruir la barda lo fué también la fuente que truncaba el ángulo de dichas calles y la cual estaba frente á la Academia.

Esta fuente, en su fachada de cantera, tenía varios adornos de relieve y entre ellos y al centro un serafín; quizá de aquí tomó su nombre dicha calle. (1)

Terminado el mercado cuyos tejados por sus cuatro lados eran de madera, y su fuente en el centro formada de una columna de cantera con sus respectivas llaves para tomar el agua, se acordó como queda dicho ponerle por título "El Mercado Escobedo," aun cuando el pueblo lo titulaba de los escombros, por estar en esa época todavía en pie las ruinas de las iglesias citadas al lado norte del mercado.

(1) Lo más probable es por pertenecer toda esa manzana al serafín de Asis.

El año pasado, el 16 de Septiembre, se estrenó por segunda vez, pero muy distinto del antiguo en todo sentido. (1)

El Sr. Gobernador, ingeniero, D. Francisco González de Cosío, ha dejado en esta obra inmortalizado su nombre, pues el plano, dirección y parte de su costo á él se le debe; y más que todo, se propuso como buen gobernante impulsar las artes de su suelo natal, haciendo que toda su construcción fuera por artesanos queretanos.

Algunas personas me han notificado que su costo ascendió á \$30,000 00 y aunque esta noticia parece exagerada á primera vista, puede ser probable, atendida su estructura y elegancia, por lo cual puede ser presentado como el mejor de los Estados.

Pero veamos si el Dr. Escobedo se ha hecho digno á que se le consagre tal memoria. Recorramos la historia.

Nació D. Pedro en esta ciudad, de padres humildes, pero honrados, el 19 de Octubre de 1798.

Desde su niñez manifestó aplicación al estudio, en vista de lo cual sus padres decidieron ponerlo de externo en el colegio de San Javier, en donde por su conducta moral y aplicación fué distingui-

(1) Hé aquí la inscripción que en lápida de marmol y letras de oro fué colocada este año de 1900 en uno de los pilares frente á la fuente.

"MERCADO PEDRO ESCOBEDO
FUE CONSTRUIDO POR INICIATIVA DEL PROGRESISTA
C. GOBERNADOR
D. FRANCISCO G. DE COSIO
INAUGURADO EL 16 DE SEPTIEMBRE DE 1895."

do con el primer lugar entre sus compañeros, hasta llegar el caso de tener dos oposiciones de Gramática latina en la aula general del colegio, honor que muy rara vez se les concedía á los externos.

A los veinte años, habiendo terminado después de lucida carrera el curso de artes, se graduó en la Universidad de México, el día 26 de Octubre de 1818.

Acto continuo siguió estudiando medicina en la misma Universidad, y poco después pasó al hospital de San Andrés á servir una de las plazas menores al departamento de cirugía; y en Octubre de 1822 que se examinó de cirujano ocupó el primero de estos puestos.

En 1824 suscribió su representación sobre instrucción pública y fué uno, quizá el principal, de los fundadores de la Academia de medicina práctica.

Prestó importantes servicios al cuerpo médico establecido en Jalapa en 1832, y en 1833 regresó á la capital y fué nombrado catedrático de operaciones del establecimiento de ciencia médica y después su vice-director.

En 1841 trabajó con ahinco en la reforma de este establecimiento y organizó juntas de sanidad, procurando cuantas mejoras posibles podía obtener para su Academia y consiguió el pago de un crédito para hacer imprimir la interesante obra "Farmacopea mexicana."

Su más hermoso timbre fué la caridad por el desvalido; comprendiendo en toda su latitud la filosofía de la medicina, jamás la miró como ramo de

especulación, como desgraciadamente se acostumbra.

Pasaba horas enteras á la cabeza del miserable, luchando con la naturaleza á fin de volver la vida al desgraciado, ministrándole gratis las medicinas, y muchas veces sacando dinero del bolsillo para sustento de la familia de su cliente.

De estas son todas las sublimes páginas de la vida de Escobedo.

Subió al poder el Gral. Santa-Ana y Escobedo fué distinguido por su amistad, de la cual se sirvió para fomentar el colegio de medicina que era todo su anhelo.

Otro hecho más, su sueldo como catedrático lo empleaba en libros é instrumentos para distribuirlos entre sus discípulos.

Sus grandes méritos lo elevaron al honor de ser nombrado socio de las Academias Médicas de Madrid, París y Guadalajara, así como miembro de la sociedad lancasteriana de México; de la Academia de Bellas Artes, de la de literatura de S. Juan de Letrán, del Ateneo mexicano, de la junta directiva de estudios, del Consejo de salubridad y otras corporaciones.

Fué su talento colosal, su afán por la instrucción pública, ardiente, y su constancia en el trabajo, inaudita.

Sus poquísimos ratos de ocio los dedicaba á sus estudios y libros favoritos sobre literatura y religión, teniendo á mucha honra algunos periódicos publicar sus producciones.

Las altas Cámaras, deseando contarle como uno de sus principales miembros, votaron á su favor

haciéndolo diputado, primero, y después senador; en cuyos elevados puestos dió muestras de su talento y sentimientos nobles.

Réstame sólo anotar que este ilustre queretano, después de haber procurado toda su vida el fomento de la ciencia médica y el alivio del menesteroso, murió en Jalapa el 28 de Enero de 1843 á la edad de 45 años, y cuando México aun esperaba mucho de su talento.

Aunque los liberales lo han querido hacer de su partido, como á todos los grandes hombres, constante que como queda dicho fué hombre de sentimientos religiosos, herencia de sus padres, y que murió cristianamente después de haber recibido con unción el Sagrado Viático que le fué llevado en solemne procesión, como lo refiere uno de sus mejores amigos. (1)

Veinte días después, era depositado su cadáver en su última morada en el templo de la Merced de México, después de haberle hecho unas exequias regias, á las que asistieron muchos sacerdotes y personas prominentes de aquella capital.

Su vida como dice un escritor, se deslizó sin pompa, su muerte fué la del justo y sus funerales los de un rey.

Si los mexicanos le han dedicado un justo tributo, ¿porqué el suelo que le vió nacer había de quedar en la inacción?

En la esquina formada por la calle de Cabrera y lado Oriente del mercado, y hacia este lado, co-

(1) Manuel Paino en la biografía escrita en "El Museo mexicano."

mo á tres metros de altura, se vé una inscripción que al dedicar por segunda vez dicho mercado á su memoria, mandó poner el Sr. Cosío, perpetuando así el recuerdo de nuestro ilustre compatriota, y como prueba de admiración á su grandeza.

XXXV.

La Casa del Faldón.

Tres siglos van ya pasados
Y viva la tradición
Guarda estos hechos legados
Como recuerdos sagrados
Por cada generación.

V. RIVA PALACIO Y J. DE DIOS PEZA.

EN tiempos de la nobleza y en todos los actos oficiales, debía observarse el ceremonial estrictamente aun en la colocación de lugares, originándose de lo contrario sérios disgustos que terminaban en largos y cansados litigios, versándose en ellos grandes caudales.

Los maestros de ceremonias ó encargados de colocar convenientemente en tales actos á los grandes y nobles personajes, se quejaban del trabajo que aquello les ocasionaba; y en caso de alguna equivocación el arreglar favorablemente á los contendientes.

Lo comprueba una carta del Duque de Albuquerque dirigida al Rey en 1659 con motivo del Auto celebrado en México por los inquisidores